

GADES

Los Relatos Legendarios



Escrito e ilustrado por Francisco
Francisco Javier Barragán Gutiérrez.



PROYECTO
SUBVENCIONADO
POR



Diputación
de Cádiz

FUNDACIÓN
PROVINCIAL
DE CULTURA



GREENDALE
PARA TODOS

Primera Edición Septiembre de 2025

© Francisco Javier Barragán Gutiérrez
Ilustración y Textos.

Un proyecto Posible gracias a Diputación de Cádiz Cultura y
Asociación Greendale Para Todos.

ISBN:
Depósito Legal:

Derechos Reservados. No se permite la reproducción ni venta en
ningún formato total o parcial de esta obra sin autorización previa a los
titulares del copyright. Infringir estos derechos de autor implica un
delito contra la propiedad intelectual.

Esta obra se ha creado con fines educativos, culturales y de
entretenimiento.

ÍNDICE

Contenido

CÁDIZ: RELATOS LEGENDARIOS	4
DISTINTAS INTERPRETACIONES.....	5
PROMOVIENDO LA CULTURA	6
EL AUTOR.....	6
LA ARPIA DE CÁDIZ	7
EL DRAGÓN DE ARCOS	16
LA SIERRA DEL ALICANTE.....	24
EL HOMBRE PEZ DE LIÉRGANES	30
LA CASA DE LOS ESPEJOS	35
EL ENJAULADO DEL RINCÓN MALILLO.....	41
EL CALLEJÓN DEL DUENDE.....	46
EL ENTE DE CHIPIONA	52
LOS DUENDES DE ARCOS.....	56

CÁDIZ: RELATOS LEGENDARIOS

Los cuentos y leyendas locales son una pieza fundamental de la cultura, pues nos permiten construir una herencia cargada de misticismo y mitología en nuestros pueblos. Aportan la magia y la inspiración necesarias para que las nuevas generaciones sueñen, imaginen y se animen a crear sus propias narraciones, ya sea reinventando viejas tradiciones o dando vida a nuevas historias basadas en experiencias reales. Con la realización de estos relatos y la exposición artística Cádiz, Relatos Legendarios, queremos aportar nuestro granito de arena con nuestro libro de relatos del mismo nombre.



Diputación
de Cádiz

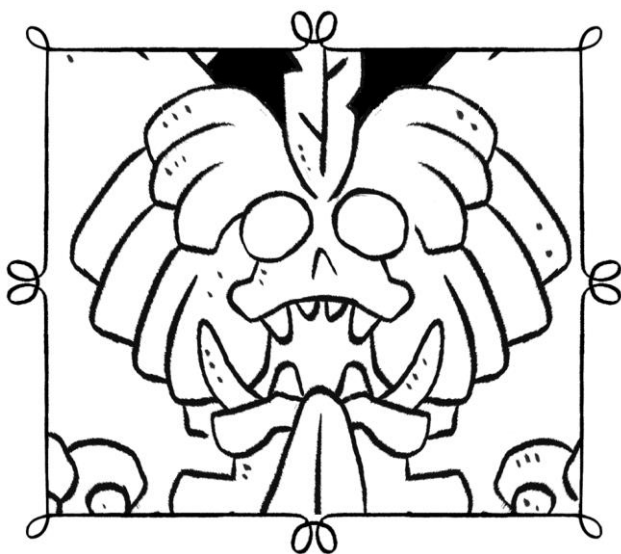
FUNDACIÓN
PROVINCIAL
DE CULTURA



GREENDALE
PARA TODOS

DISTINTAS INTERPRETACIONES

Estas leyendas y relatos buscan motivar a todas las personas a descubrir que no pertenecen solo a unos pocos, sino que cualquiera tiene la libertad de narrar, reinventar y compartir historias capaces de encender la imaginación de quienes desean comenzar su propio camino creativo. Con este proyecto hemos querido aportar una nueva visión y reinterpretación a las leyendas y mitos de la provincia, llevándolos a nuestros relatos y acercándolos a nuevas miradas para mantener viva su esencia mientras los adaptamos a los tiempos actuales.



PROMOVIENDO LA CULTURA

Desde la asociación **Greendale Para Todos** trabajamos con el objetivo de fomentar la cultura, no solo la de Cádiz, que es la principal fuente cultural en la que nos basamos, sino también la de cualquier lugar donde haya historias, tradiciones y expresiones artísticas que merezcan ser compartidas y celebradas. Creemos firmemente que la cultura es un puente que une comunidades y que nos ayuda a crecer como sociedad, por eso apoyamos y difundimos iniciativas que inspiran, transforman y enriquecen. Si quieres conocer más sobre nuestro proyecto o colaborar con nosotros, puedes ponerte en contacto directamente o visitar nuestra web, donde encontrarás toda la información actualizada juntos seguiremos construyendo un espacio abierto, inclusivo y lleno de creatividad.

Página web: greendaleparatodos.com

Correo contacto: greendaleparatodos@gmail.com

Redes Sociales (Instagram): @greendaleparatodos

EL AUTOR

Esta obra ha sido escrita, ilustrada y maquetada en su totalidad por Francisco Javier Barragán Gutiérrez en Cádiz.

Correo Contacto: javibg.contacto@gmail.com

Redes Sociales (Instagram): @harry.fp

LA ARPÍA DE CÁDIZ

En la oscura y profunda selvática jungla de un país más allá del mar, una antigua y extraña criatura habitaba en un recóndito escondrijo. Vivía oculta en la espesura, en un lugar donde pocos exploradores osaban adentrarse y de donde aún menos lograban regresar. Había encontrado su hogar en el interior de una pirámide de piedra, antigua y olvidada, levantada siglos atrás por manos ya perdidas en la memoria del tiempo. Su acceso era difícil incluso para los exploradores más versátiles y experimentados, y eso la convertía en el refugio perfecto. Entre ruinas devoradas por la maleza, aquella bestia habitaba sin maldad ni bondad, ajena a las leyendas humanas, viviendo como un ser salvaje más de la naturaleza.

Un veterano cazador, enviado a explorar tierras lejanas, oyó historias y leyendas que le habían inspirado a encontrar esa oscura y siniestra guarida. Había perseguido leyendas por todo el mundo y su instinto lo guiaba ahora hacia aquella construcción olvidada. Tras días de internarse en la densa jungla, atravesando pantanos, barrancos y espesuras impenetrables, el hombre llegó agotado ante la pirámide. El aire era pesado, cargado de humedad y silencio, y cuando encontró una gran cantidad de lo que parecían huesos humanos dispersos sobre la tierra húmeda, supo que había llegado al lugar correcto. Los relatos de desapariciones y secuestros que lo habían llevado hasta allí, y por un instante pensó si no se encontraría ante el final de su propio camino. Suspiró hondo y se preparó mentalmente para la tarea

que tenía que hacer. Nunca se había echado atrás y hoy no sería diferente.

Había comenzado el viaje con un abundante equipamiento, pero las semanas de marcha lo habían privado de casi todo. Ahora apenas conservaba su espada, algunas cuerdas y un puñado de objetos que se resistía a abandonar. La experiencia del tiempo le había enseñado que llevar víveres era vital, pero había una serie de herramientas imprescindibles que jamás debía olvidar.

Se arrodilló junto a un lago solitario, cuyas aguas reflejaban la silueta oscura de la pirámide. El paraje era hostil, tanto que incluso los pájaros guardaban silencio, como si respetaran la guarida de la bestia. Comprendió entonces por qué nadie antes había osado llegar tan lejos. Bebió un poco de agua y descansó, preparándose para lo que había venido buscando.

Rebuscó por la zona hasta encontrar una rama lo suficientemente resistente y firme que no estuviera humedecida. Rebuscó material entre lo poco que le quedaba en su faltriquera e improvisó una antorcha. La ardiente y cálida llama le inspiró confianza y con ella en la mano se adentró en las ruinas. La construcción era magnífica llena de relieves y adornos dignos de ser bocetados en un cuaderno. La jungla intentaba devorar constantemente aquella ominosa construcción, pero los muros, cubiertos de lianas y raíces, se mantenían firmes, impasibles, como guardianes mudos del tiempo. El fuego iluminaba apenas unos pasos frente al rostro del cazador, revelando pasajes estrechos, salas olvidadas y un silencio tan profundo que parecía tener vida propia.

Entonces lo sintió. No lo vio, pero lo supo: unos ojos lo observaban desde la oscuridad. Reconocía bien aquella sensación. Era el momento en que cazador y presa se reconocen, cuando la tensión se vuelve un lazo invisible entre dos seres enfrentados. Y aunque muchos temblarían en esas circunstancias, él se sintió cómodo. Sabía que significaba que estaba preparado. Y también que la criatura lo estaba.

Dejó que lo siguiera, que lo tanteara, mientras ascendía hacia lo alto de la pirámide. Cada paso lo acercaba a su destino, y cada sombra parecía moverse a su alrededor. Al llegar a la sala superior, sus ojos distinguieron lo que parecía un nido descomunal, hecho de ramas, huesos y plumas oscuras. El aire era sofocante, cargado de un olor penetrante, mezcla de sangre y humedad. Dudó un instante, pero no tuvo tiempo de decidir. Un chillido atronador estalló en la sala, un sonido desgarrador que lo ensordeció y lo lanzó a la confusión.

La bestia apareció con furia. Era colosal, cubierta de plumas negras que relucían al reflejo del fuego. Sus garras eran tan grandes como andas, y tan afiladas que podían abrir la piel con un simple roce. Sus alas desplegadas podrían aprisionar a dos hombres, y su cuello largo y flexible se unía a una mandíbula repleta de dientes impregnados de veneno. Ante aquel despliegue, el cazador comprendió demasiado tarde que había subestimado a su enemigo. Se había enfrentado a un sinfín de criaturas y seres, pero a nada como aquello.

Se defendió como pudo, blandiendo su espada con todas las fuerzas que le quedaban. Contra todo pronóstico, logró empujarla hacia atrás, sorprendiéndose incluso a sí mismo. La

criatura retrocedió un instante y lo observó desde las sombras. Fue entonces cuando lo perturbó algo aún más que sus garras y sus colmillos. Aquella mirada. Unos ojos grandes, casi humanos, con pupilas verticales como las de un felino, lo atravesaron. Esa mirada no lo veía solo como presa, ni como enemigo. Y eso lo estremeció más que cualquier visión.

Jadeante, herido, sin apenas fuerzas, esperó el segundo ataque. El chillido volvió a sacudir los muros y, esta vez, las garras y dientes se hundieron en su carne. El dolor era insoportable. Las heridas eran profundas y comenzó a sangrar como nunca lo había hecho. Hizo acopio de sus fuerzas y logró alzar la antorcha y, en un último esfuerzo, la acercó al cuello emplumado de la criatura. No buscaba matarla, sino obligarla a retroceder. El fuego tocó sus plumas, y el grito que resonó estremeció toda la pirámide.

Aprovechó ese instante y con un impulso desesperado, embistió contra ella y ambos atravesaron un débil muro que se desplomó hacia el exterior. Pensó que la criatura tendría ventaja si salían al aire libre, pero subestimó la resistencia de la pirámide. Cayeron juntos hacia la profundidad del lago enredados en un combate feral. No podía permitir que alzara el vuelo pues sabía que ese sería su final.

La lucha continuó en la penumbra del agua. La criatura trató de alzar el vuelo, pero el cazador se aferró con uñas y dientes a sus alas, impidiéndole escapar. Ambos luchadores se encontraban entramados en un combate brutal, desesperado, que parecía no terminar nunca. Finalmente, la voluntad del hombre se impuso. Exhausto, ensangrentado, consiguió atar a la criatura con las cuerdas que siempre llevaba consigo. Para él eran más valiosas

que el alimento o el agua, pues siempre había algo que cazar, pero no siempre con qué apresarlos. Sin duda haber trasladado el enfrentamiento al agua había jugado a su favor, pues la criatura no se sentía cómoda fuera de su terreno.

Una vez atada, el cazador se esforzó en asegurarse de que la bestia no se escapara. Había sacrificado todo su equipo y había puesto en riesgo su supervivencia para asegurarse de poder atrapar con cuerdas y cadenas a la criatura. Una vez lo había logrado, aseguró las ataduras y la dejó en la orilla del lago mientras recuperaba el aliento. Allí, encadenada por alas, garras y cuello, la bestia lo observó en silencio. Sus ojos ya no mostraban hambre ni instinto, sino algo más oscuro: un rencor profundo, un odio que el cazador nunca había visto en criatura alguna. Tal como había planeado, la llevaría al puerto de Cádiz como trofeo para el nuevo mundo.

Pasaron los meses mientras la desdichada criatura viajaba en un navío que cruzó el océano. El cazador la mantenía encadenada con hierros pesados, sin darle la menor oportunidad de escapar. Los marineros la evitaban pues el temor se había apoderado de ellos. Decían que, en las noches, aunque inmóvil, sus ojos brillaban como una siniestra luz amarilla en la oscuridad, y más de uno aseguraba haberla oído susurrar en su jaula. La alimentaban con sobras y restos de carne, arrojados con torpeza, temerosos de acercarse demasiado. Observarla devorar los pedazos era un espectáculo que helaba la sangre.

La arpía aguardaba. Sus ojos, cargados de humanidad y rencor, no se apartaban de los marineros. Los estudiaba, como quien

analiza un tablero de juego, esperando el momento idóneo para moverse. Pero ese momento nunca llegó en el mar.

Al fin, tras semanas de incertidumbre, el navío arribó al puerto de Cádiz. La noticia de su llegada se había propagado por toda la ciudad, y una multitud se congregó en el muelle. Nadie quería perderse el espectáculo. Desde nobles curiosos hasta mendigos ansiosos, desde niños excitados hasta ancianos que se santiguaban y murmuraban oraciones, todos esperaban verla.

En el puerto aguardaba una jaula de hierro forjado, adornada como un carro circense, con ruedas robustas y cadenas reforzadas. Seis caballos estaban dispuestos para arrastrar el enorme peso. Carteles colgaban de las paredes de la ciudad, anunciando con grandes letras la llegada de la bestia. Los niños gritaban su nombre, corriendo por las calles:

- ¡La arpía de más allá del mar!

La expectación era tan grande que muchas tiendas cerraron sus puertas, y las calles se llenaron de curiosos. Cuando la criatura fue trasladada a su jaula, las cadenas que la ataban a grandes bloques de piedra evitaron cualquier posible intento de huida. Su calma, sin embargo, resultaba más inquietante que una posible resistencia. Los marineros murmuraban que esa pasividad era presagio de algo peor.

El desfile comenzó, y la arpía recorrió las calles rodeadas por guardianes armados. La gente la observaba con asombro, con miedo y fascinación. Pero el temor inicial pronto se convirtió en desprecio: al verla encadenada, encerrada tras barrotes, dejó de parecerles una amenaza y comenzó a parecerles un espectáculo.

Entre la multitud, una joven la observaba con otros ojos. No había en ella curiosidad morbosa ni miedo, sino compasión. Al cruzar sus miradas, sintió un estremecimiento que le recorrió el alma. Aquellos ojos no eran de un monstruo: eran los de un ser atrapado, condenado. La arpía, encadenada, no apartó la vista de ella, y la joven quedó marcada por esa mirada.

Cuando la carroza se alejó, permaneció en pie, inmóvil, con el corazón agitado. Esa noche, los ojos de la criatura no la dejaron dormir en paz.

La arpía fue llevada a un almacén oscuro, donde la encerraron bajo estricta vigilancia. Sin embargo, permaneció tranquila, observando en silencio, como si esperara algo, quizás el momento oportuno para realizar la jugada que había estado planeando.

Esa misma noche, la joven, incapaz de resistir la inquietud, se escabulló de su casa y se dirigió al almacén. Los guardias, descuidados, habían dejado la puerta mal cerrada. Posiblemente para irse a dar una vuelta, dejando irresponsablemente el almacén sin vigilancia. La joven se deslizó dentro, y allí encontró a la criatura. Inmóvil, encadenada, en penumbra. La mirada de la criatura volvió a atraparla.

Con un gesto tembloroso, extendió la mano y rozó las plumas de su cuello. Eran cálidas, suaves como un manto vivo. La arpía no mostró hostilidad, y la joven, vencida por la compasión, buscó hasta hallar un manojo de llaves olvidado. Con manos temblorosas abrió la jaula y comenzó a liberar las cadenas, una a una. La criatura la observaba, sin quitarle ojo de encima.

No mostraba hostilidad, ni un gruñido, ni un gesto amenazante. Parecía haberse vuelto extremadamente mansa ante tal situación.

Fue entonces cuando un guardia regresó. Sus ojos se abrieron de par en par al ver la escena, y corrió hacia ella gritando y advirtiéndolo. Pero ya era tarde.

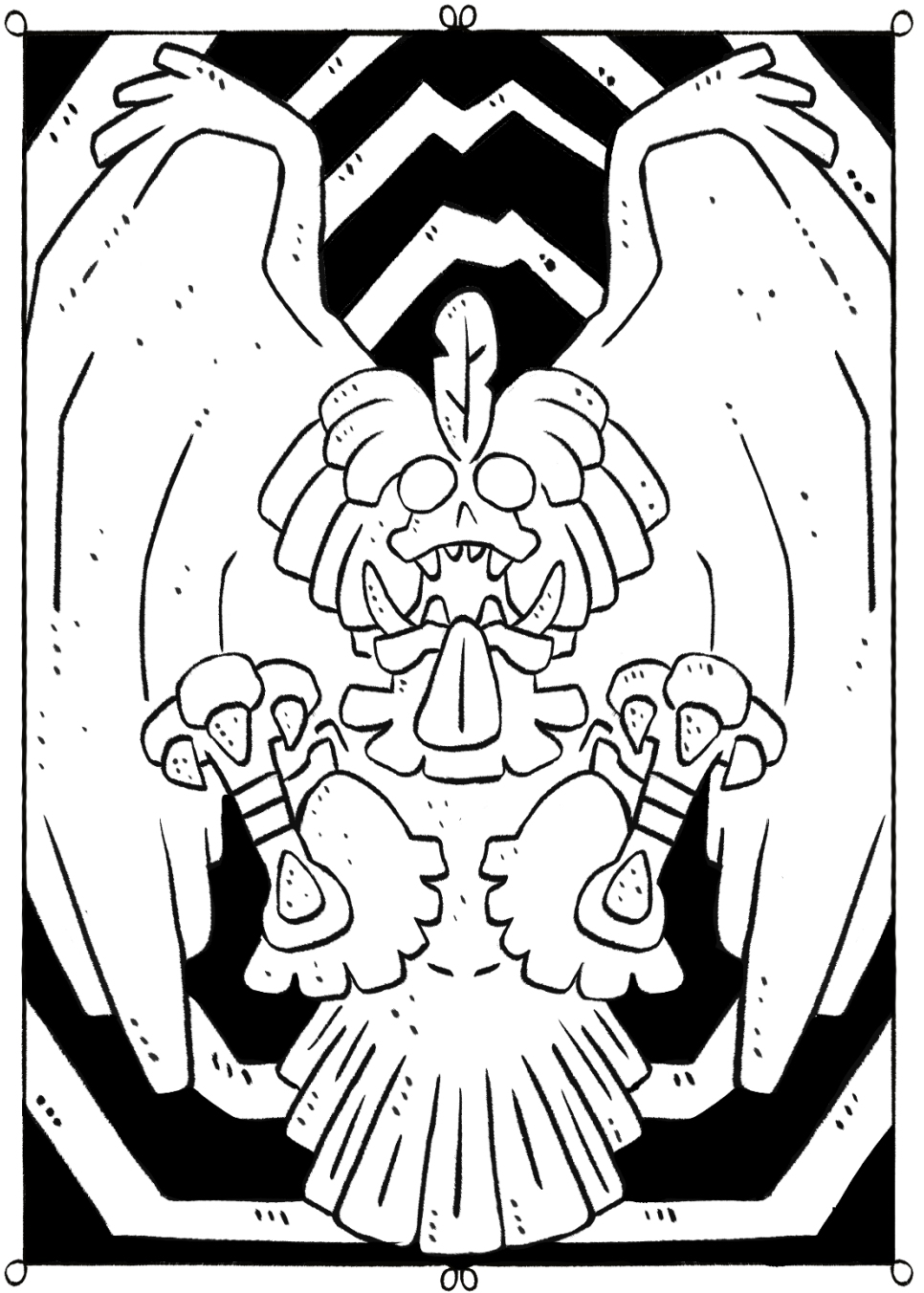
En cuanto el último eslabón de la cadena cedió un chillido desgarrador estremeció las paredes. La arpía, libre al fin, desplegó sus alas y se irguió en toda su magnitud. La joven, aterrada, comprendió su error cuando vio cómo aquellos ojos humanos se estrechaban hasta volverse felinos. Nada quedaba ya de la humana y compasiva mirada que había visto hace unos segundos.

El hambre habló primero. Nadie sobrevivió aquella noche en el almacén. Ni la joven piadosa, ni el guardia que intentó detenerla. Solo quedaron restos de sangre y plumas dispersas en el suelo.

Tras saciarse, la arpía alzó el vuelo y se posó en lo alto de la Catedral. Desde allí contempló la ciudad extendida bajo la penumbra, su nueva jungla de piedra y ladrillo.

Y cuentan que, en noches oscuras, cuando alguien se pierde en las callejuelas de Cádiz, un grito espeluznante desciende desde lo alto. Una sombra con alas acecha desde la Catedral.

La llaman la Arpía de Cádiz.



EL DRAGÓN DE ARCOS

Se cuenta que hace muchos siglos, en los días en que Al-Ándalus extendía su esplendor por la península, la ciudad de Arcos de la Frontera (llamada entonces Arkos) tenía como emblema un estandarte único. En él se alzaba la figura de un dragón dorado, imponente y majestuoso, símbolo de fortaleza y de protección.

Para los habitantes de Arkos, aquel dragón no era simple adorno, ni una imagen sin vida bordada en tela. Era la representación de la mayor esperanza de la ciudad. Decían que, cientos de años atrás, el dragón había sido traído de tierras lejanas, arrastrando consigo un poder inconmensurable, y que desde entonces descansaba oculto en el corazón de la montaña de Arkos, dormido y paciente, aguardando el momento de necesidad en el que habría de despertar.

Ese místico poder había sido encomendado a una estirpe de hechiceros que, generación tras generación, juraban proteger el sueño del dragón. Su tarea no era otra que custodiarlo, preservarlo y, llegado el día, invocarlo. Su magia no podía usarse para caprichos mundanos, sino sólo en instantes de máximo peligro. Aquellos guardianes vivían bajo el peso de un juramento que implicaba un compromiso y lealtad incommensurables.

En la época de esta historia, el poder había sido transmitido a dos jóvenes hermanos, instruidos bajo la tutela de un anciano maestro, un sabio que los consideró dignos de portar la carga. La hermana mayor poseía un temple inquebrantable y una mente

afilada como el acero. Desde niña había sido preparada para heredar el título de guardiana, y en cuerpo y alma se había volcado en el estudio de la magia, la ciencia y la historia, convencida de que el verdadero fundamento de la hechicería estaba en el conocimiento. Durante años llevó sola aquella carga, hasta que nació su hermano.

El hermano menor era diferente. Un torbellino de emociones y pasiones habitaba en su interior. Criado como el pequeño de la familia, recibió cariño y atenciones que su hermana jamás pudo permitirse. Cuando se descubrió que también albergaba el don de la mística y reunía cualidades para ser un guardián, su destino quedó unido al de ella. Juntos compartieron el legado, pero mientras la hermana aceptaba con disciplina la carga, el joven mostraba un entusiasmo desbordado, un ansia de crecer y dominar sus habilidades que a veces le hacía olvidar la enorme responsabilidad que pesaba sobre ellos. Ella lo veía como un deber, él como herramientas a su disposición.

Bajo la atenta mirada de su maestro, los dos hermanos aprendieron conjuros y secretos que los convertían en poderosos hechiceros. Sin embargo, no se les permitió traspasar ciertos límites.

Con el paso de los años, llegaron a dominar casi todos los secretos que debían conocer, salvo aquellos reservados únicamente para su maestro. El joven sentía que en su interior ardía una fuerza inmensa, una explosión de potencial y habilidades latente que no encontraba salida. Se convenció de que el dragón le negaba el acceso al verdadero poder, y cuanto más se lo negaban su maestro y su hermana, más crecía su frustración.

Su ambición se hizo evidente, y el temor de los que le rodeaban aumentaba. Tanto su hermana como su maestro notaron esta ambición descontrolada y temieron por él.

En una noche oscura como no había habido en años, cuando la ciudad dormía y tanto su hermana como su maestro se encontraban fuera de la ciudad, el muchacho cedió a la tentación. Robó libros y pergaminos prohibidos los cuales no estaban pensando para aprendices. Los aferró con codicia, deseoso de estudiar sus secretos pese a la advertencia y prohibiciones. Sus estudios dieron su fruto. En solo una noche, logró descifrar unos símbolos que ocultaban un gran secreto en el interior de la fortaleza de la ciudad. Sin pensarlo dos veces, el joven descendió a los pasadizos mas oscuros de la fortaleza. Allí descubrió los símbolos escondidos en los distintos corredores y pasillos olvidados. Guiándose por lo aprendido, logró hasta llegar a una gran sala secreta que había permanecido oculta donde una colosal puerta de piedra se alzaba. Sobre ella brillaba, esculpida en oro y desgastado por los siglos, la inconfundible figura del dragón. Un símbolo similar al de los estandartes de la ciudad precedía la gran puerta. Tallados en dorado y verde.

Con el corazón desbocado intentó abrirla. Probó conjuros, hechizos, llantos y gritos, pero nada cedió. Horas enteras pasó frente a aquella barrera, hasta que la frustración le quemaba por dentro. El poder que tanto ansiaba estaba a un paso, y aun así le estaba vedado.

Los días posteriores su espíritu se quebró. La hermana lo vio cambiar: el muchacho risueño se volvió hosco, altivo, arrogante. La ambición devoraba poco a poco su humanidad, y ningún

consejo logró detenerle. Hasta que, un día, abandonó Arkos en busca de respuestas.

Vagó por el mundo durante años, obsesionado. Escudriñó templos en ruinas, saqueó bibliotecas prohibidas, buscó tablillas olvidadas milenios atrás. Finalmente, tras viajar por incontables países y reinos, en un santuario remoto halló finalmente lo que deseaba: tablillas antiguas, tan viejas que parecían polvo de arena. En ellas se guardaban secretos que no debían revelarse jamás. El joven ignoró advertencias y maldiciones, y se sumergió en ellas hasta perderse.

Las voces de aquellas piedras lo reclamaron. Estudió sin descanso, sin dormir, sin comer, devorado por la obsesión. Los susurros se convirtieron en gritos dentro de su mente, y lo moldearon hasta dejar de ser él mismo. La sombra había echado raíces en su alma.

Mientras tanto, en Arkos, la hermana perdió a su maestro. Acabó heredando la responsabilidad de instruir a los nuevos aprendices y enseñarles todo lo que ella había aprendido. De vez en cuando miraba por los grandes ventanales de la fortaleza deseando que su hermano volviera con ella. La vida en Arkos era tranquila y pacífica, lo que no sospechaba, era que aquella maravillosa paz duraría poco.

Una noche, su hermano regresó. Ella lo recibió con lágrimas de alegría, pero pronto esa alegría se tornó en horror. No era el mismo... su rostro estaba endurecido, su voz era fría y sus ojos, oscuros. Sólo quedaba ambición, sólo sombras.

La ciudad sintió su presencia como un presagio funesto. El joven hechicero, inflamado por la energía que emanaba de la montaña, invocó el poder oscuro que había cultivado. Su cuerpo se transmutó lentamente. Piel convertida en escamas, brazos en alas reptilianas, rostro en hocico de serpiente. El hechicero se había transformando en una gigantesca criatura serpenteante del tamaño de una fortaleza. Rugió con furia y lanzó llamaradas que abasaron las calles de Arkos.

La hechicera lo contempló con el alma rota. Había perdido a su hermano, devorado por su ambición. Pero no hubo tiempo para lágrimas. Respiró hondo y endureció el alma todo lo que pudo. Sabía lo que tenía que hacer, sabía que toda su vida había sido preparada para este instante.

Huyó entre el fuego y las ruinas, descendiendo hasta la cámara secreta donde la puerta del dragón aguardaba. No buscaba poder para sí, sino ayuda. Entonó plegarias, conjuró hechizos antiguos, y suplicó el don del legendario dragón.

Tras un eterno minuto de silencio, una llamarada de fuego la envolvió súbitamente. Su cuerpo ardía como una antorcha, pero las llamas no la estaban lastimando. Comprendió que el dragón la estaba juzgando. Y que era digna.

La pesada puerta se abrió lentamente y de la oscuridad de su interior, un descomunal ojo la contempló fijamente.

Entonces la montaña tembló.

Desde las profundidades emergió un colosal dragón dorado, gigantesco, que eclipsaba las estrellas con su tamaño. Sus fauces

eran vastas, su melena recordaba a la de un león, y una majestuosa cornamenta lo coronaba. Su cuerpo resplandecía con tonos dorados y verdes, iluminando la ciudad entera. La gente que huía entre las llamas se detuvo al verlo. Reconocieron al instante al dragón protector que representaba a su ciudad.

Los aterrorizados habitantes de Arkos recuperaron la esperanza al contemplar sus ojos llenos de calma y virtud. Incluida la hechicera quien, a la velocidad del rayo, había surgido de las sombras de la fortaleza hacia el exterior. El dragón transmitía serenidad, la misma serenidad que necesitaban para resistir. Pero en la sombría criatura serpenteante, la reacción fue otra muy distinta. Se mostró muy recelosa del poder de aquel dragón. Lo había ansiado por décadas y ahora estaba delante de él.

Ambos colosos se enfrentaron. El dragón dorado alzó su aliento de fuego puro y lo lanzó contra la serpiente, cuyas sombras intentaron resistir. El choque iluminó la noche como si el sol hubiera caído sobre Arkos. Pero no había comparación posible, el poder del dragón dorado era inconmensurable. Poco a poco, las llamas doradas consumieron a la bestia, que rugió con el último lamento del hechicero perdido. El alma del joven y su monstruosa forma se disiparon en cenizas.

El dragón, agotado tras la batalla, descendió lentamente y se recostó junto a la ciudad. La hechicera lo acompañó, entonando antiguos conjuros para que pudiera descansar. Poco a poco, el cuerpo colosal se confundió con la piedra, convirtiéndose en la montaña misma.

Desde entonces, cuentan los ancianos de Arcos que el dragón duerme bajo la roca, invisible pero presente, aguardando el día en que la ciudad lo necesite de nuevo. La montaña no es sólo piedra, es guardián, es emblema, es leyenda viva que descansa para protegerles de nuevos peligros.



LA SIERRA DEL ALICANTE

En una tarde calurosa de verano, un grupo amigos amigos desde la infancia, decidió una tarde aventurarse hacia el campo. Concretamente decidieron dar un largo y relajante paseo hasta la Sierra de Cádiz. Querían respirar aire puro y explorar más allá de los límites a los que solían llegar. La jornada transcurría entre bromas, carcajadas y comentarios sobre lo lejos que estaban avanzando, hasta que uno de ellos, el más prudente y callado, levantó la voz para advertirles.

-No deberíamos alejarnos tanto -dijo con un tono grave, que contrastaba con la ligereza del grupo-. Hay rumores de criaturas que habitan estos parajes, de gente que entra en la sierra y nunca regresa.

Sus palabras fueron recibidas con risas y burlas. Los demás insistieron en que se preocupaba en exceso, que eran cuentos de viejas y que allí cerca había un río con una hermosa cascada que bien valía la caminata. Animaron al muchacho a seguir con ellos, y la gran alegría del grupo pronto apagó el eco de sus temores.

El paseo estaba resultando tan salvaje como relajante. Al ser gente humilde que vivía y trabajaban en el pequeño pueblo, no habían tenido muchas oportunidades de descansar, viajar o explorar. El grupo de amigos ansiaba fervientemente descubrir nuevos horizontes y encontrar nuevas fronteras. Sabían que una pequeña salida al campo que circundaba su pequeño pueblo no era la gran aventura que el grupo esperaba, pero al menos podía

satisfacer esa ansia de aventura. Un pequeño e idílico paseo por la sierra de Cádiz no podría acarrearles ningún riesgo.

A mitad del trayecto, uno de los jóvenes se detuvo a descansar. Los demás, animados, siguieron adelante. No se percataron de la presencia de su amigo, el cual siempre solía ir un poco rezagado. El joven, cansado y algo hambriento por toda la mañana de caminata, se sentó sobre una roca, abrió su vieja y desgastada faltriquera y mordisqueó un pedazo de pan que había traído consigo. Mientras disfrutaba de su humilde bocado, sintió algo que movió entre los arbustos, un crujido ligero, un roce apenas audible. Alzó la vista, pero no vio nada. Se convenció de que había sido una ilusión, un simple animal del bosque, quizás un zorro o un lobo. Se puso en pie rápidamente y trató de alcanzar a sus compañeros.

Conforme avanzaba, no podía dejar de sentir que alguien, o algo, lo estaba observando. Un frío helado recorrió su espalda, y sus pasos se volvieron torpes, apresurados. El miedo lo hizo correr, pero en la desesperación tropezó y rodó por una pequeña pendiente. Al levantarse, oyó un siseo a su espalda, un sonido áspero que helaba la sangre. Giró la cabeza, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Un grito ahogado se perdió entre los árboles, y el silencio del bosque devoró su rastro. Solo quedaron en el suelo las sobras de su comida, esparcidas como testigos mudos de su desaparición.

Mientras tanto, los demás amigos seguían su camino, ajenos al destino de su pobre compañero. La alegría no cesaba, y entre risas, uno de ellos, acompañado de una joven a la que había invitado, se apartó en busca de intimidad. Ambos se apoyaron

contra un tronco robusto, con intención de intimar alejados de las miradas de sus compañeros, pero pronto notaron algo extraño. Aquel robusto tronco no tenía la rugosidad típica de la corteza de un árbol, sino blando y cubierto de un vello áspero, semejante al pelaje de un animal. Confundidos, recorrieron la superficie con la mano y, horrorizados, se dieron cuenta de que aquel tronco estaba comenzando a moverse, lentamente, como si despertara de un largo sueño. El suelo tembló bajo sus pies. Retrocedieron, paralizados, y cuando quisieron reaccionar, un sonido gutural los envolvió. Un siniestro siseo, seguido de un silencio mortal, marcó el instante en que se desvanecieron en el bosque, engullidos por algo que jamás debieron despertar.

Finalmente, el resto del grupo llegó a la cascada. El agua caía con fuerza, formando un paraje hermoso y aparentemente tranquilo. Rieron, se descalzaron y algunos comenzaron a bañarse. Solo el muchacho prudente permanecía serio, inquieto, incapaz de disfrutar. Sus compañeros aún no habían regresado, y la ausencia empezaba a pesarle. Advirtió al resto de sus compañeros, quienes disfrutaban alegremente en el pequeño río, pero hicieron caso omiso a sus advertencias. Decidió entonces apartarse e investigar los alrededores.

No muy lejos halló la entrada de una cueva. Amplia, aunque poco profunda, parecía abandonada, pero la recorrió con cautela, sintiendo que algo en su interior lo llamaba. El aire olía a humedad y a tierra removida. Al final del camino encontró algo muy extraño que jamás se habría esperado. Montones de ramas y tierra alrededor de unos enormes huevos, de un tamaño

desproporcionado, protegidos por plumas y mechones de un pelaje extraño. Sin duda era el nido más grande que había visto nunca. El muchacho se estremeció. Jamás había visto algo semejante. Comprendió que no debía estar allí, que lo mejor era regresar de inmediato. Y comenzó su huida de vuelta con sus compañeros.

Al volver al río, el horror lo golpeó de lleno. En la hermosa cascada donde había dejado a sus amigos no había nadie. El murmullo del agua era lo único que llenaba el paraje. Llamó a gritos a sus amigos, buscó entre las rocas, recorrió los senderos cercanos, pero la respuesta fue siempre el silencio. El miedo lo envolvió, y una certeza amarga lo atravesó sin lugar a dudas. Algo les había sucedido. Algo terrible.

Sus dudas se disiparon cuando la maleza frente a él se agitó muy lentamente. De entre la espesura emergió una criatura gigantesca. Una serpiente colosal, cuya piel estaba cubierta de un extraño pelaje marrón que le caía en forma de melena. Su boca se abría y cerraba en un siseo constante, y de ella brotaba un olor fétido. Sus ojos eran blancos, ciegos en apariencia, pero la lengua bífida, que no dejaba de moverse en el aire, delataba que podía sentirlo, que sabía exactamente dónde estaba.

El muchacho apenas tuvo un instante para reaccionar. La bestia se lanzó contra él con furia desmedida, y en ese segundo de horror, lo único que cruzó su mente fue la voz de su madre, repitiendo aquel refrán que siempre le había parecido un simple dicho popular:

-Si la víbora corriera, y el **Alicante** viera, nadie a la sierra fuera.

El eco de esas palabras se apagó en su mente cuando la criatura lo devoró de un solo bocado, dejando al bosque en el mismo silencio inquietante con el que había comenzado la jornada.



EL HOMBRE PEZ DE LIÉRGANES

En los confines del reino, casi en el último suspiro del norte, se alza un pueblo tan hermoso como humilde, el pueblo de Liérganes. Allí, entre montañas verdes y aguas cristalinas, vivía un joven sencillo, hijo de una madre trabajadora y hermano de una familia numerosa. La vida en aquel rincón transcurría apacible, marcada por el sonido de las campanas, las tareas del campo y los juegos junto al río.

El muchacho, curioso y alegre, disfrutaba cada día entre sus amigos y seres queridos. Una tarde de verano, con el calor más fuerte de lo habitual, fue invitado a bañarse en el río para refrescarse y olvidar las pesadas cargas del trabajo. Sus deberes ya estaban cumplidos, y no dudó en correr hacia aquel lugar que tanto amaba. Las risas resonaron durante horas. Nadaron, chapotearon y se persiguieron entre las corrientes, disfrutando de la vida como solo los jóvenes saben hacerlo.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, los amigos se despidieron uno a uno, regresando a sus hogares. El joven, sin embargo, decidió quedarse un poco más. El agua era para él un refugio y allí se sentía en paz como en ningún otro sitio. Se sentó en la orilla, observando los peces que nadaban tranquilos bajo la superficie, reflejando en sus escamas el rojo del atardecer.

Fue entonces cuando ocurrió. El agua, serena hasta ese momento, comenzó a enturbiarse. El reflejo del muchacho se deformó y, en su lugar, apareció un rostro extraño. Semejante al suyo, pero

oscuro, siniestro, como una mueca burlona de su propia imagen. Quiso apartar la mirada, pero algo lo retenía, como si el río lo reclamara. Sus ojos quedaron atrapados, y una fuerza invisible lo atrajo hacia adelante hasta que, sin darse cuenta, resbaló y cayó en el fondo del río.

El miedo lo impulsó a bracear con fuerza, buscando la superficie. Pero algo extraño sucedía, sus brazos se movían con una potencia desconocida, sus piernas se transformaban, y su piel, antes suave, se cubría de escamas azuladas y verdosas. Sus manos se volvieron palmeadas, sus pies se unieron en una poderosa cola. Cuando abrió los ojos bajo el agua, descubrió que veía con claridad asombrosa, sin ardor, sin dolor, como si hubiese nacido para ello.

Lo que sin duda llegó a sorprenderle de verdad fue que al buscar desesperado aire, notó que podía respirar. Unas branquias recién abiertas en su cuello le permitían vivir bajo el agua como cualquier pez del río. El pánico pronto se tornó en asombro, y el asombro en gozo. El joven, que siempre había amado el agua de aquel río y en el que pasaba horas y horas, descubría ahora que pertenecía a él.

Agitó su nueva cola y nadó río arriba, deslizándose con una ligereza desconocida. El tiempo se volvió difuso. Horas, quizá días, recorriendo corrientes, atravesando ríos, explorando lugares ocultos bajo la superficie. Descubrió criaturas extrañas, peces que nunca había visto, cavernas llenas de algas que se mecían como bosques sumergidos, secretos que le eran desconocidos para él. Sentía que había hallado su verdadero hogar.

En más de una ocasión pensó en su familia y en sus amigos. Los echaba de menos, imaginaba volver para contarles su secreto, incluso soñaba con que ellos pudieran unirse a él en aquel mundo sumergido. Pero pronto comprendió que ya no sabía regresar. El río lo había llevado tan lejos, por caminos ocultos y corrientes desconocidas, que el sendero hacia Liérganes se había olvidado de su mente. Lo lamentó brevemente, aunque pronto lo aceptó. la libertad del agua eran un regalo imposible de abandonar.

Los años pasaron. El joven, convertido ya en criatura fluvial, recorrió ríos y lagos, viajó de norte a sur, siempre deslizándose con sigiloso cautelar. Pero en el extremo sur del reino, algo ocurrió. Una inesperada corriente lo arrastró sin control, agitándolo de un lado a otro. Perdió la fuerza, perdió el rumbo y, finalmente, perdió el conocimiento.

Despertó días después en una playa cálida y brillante, muy lejos de su hogar. Se encontraba en las costas de la ciudad de Cádiz. Allí lo encontró un fraile, que, al verlo desvalido, lo recogió y cuidó. El joven apenas podía hablar y de sus labios solo brotaba una palabra, repetida una y otra vez con insistencia casi doliente:

-Liérganes..., Liérganes...

El fraile, apiadándose de él, lo alimentó, lo vistió y buscó ayuda de médicos y sabios, pero ninguno halló cura ni explicación. Su piel, poco a poco, comenzó a perder las escamas, sus manos y pies recuperaron forma humana, los ojos, antes tan extraños, volvieron a parecer normales. Sin embargo, no era capaz de formular frase alguna. Solo una palabra salía de su boca:

-Liérganes...

Conmovido, el fraile decidió emprender con él el viaje hacia ese lugar que tanto repetía. Meses de trayecto los llevaron al fin al norte, de vuelta al pueblo que lo había visto nacer. Y allí, como impulsado por un instintivo sentimiento, el joven corrió hasta su casa.

La escena fue de júbilo y desconcierto. Su familia lo abrazó llorando, creyéndolo muerto desde hacía años. El pueblo entero celebró su regreso con fiestas y alegría. Había vuelto aquel hijo perdido, aquel amigo desaparecido en las aguas del río.

Pero algo en él ya no era igual. Aunque su cuerpo parecía humano, su voz había desaparecido para siempre. Ninguna palabra, salvo aquel nombre, volvió jamás a sus labios. Vivía con su familia, ayudaba en las tareas, paseaba por las calles, pero su silencio era profundo, como el de las corrientes que lo habían reclamado tiempo atrás. Y, sin embargo, cada cierto tiempo, regresaba al mismo río donde todo comenzó. Allí se sentaba, miraba la corriente y se perdía en sus recuerdos. Recordaba los bosques de algas, las criaturas del fondo, la sensación de nadar sin fin. Sabía que su verdadera naturaleza seguía allí, bajo la superficie.

Una tarde, incapaz de resistir más la llamada, el joven dio un paso hacia adelante y se lanzó al río, desapareciendo en él.

Desde entonces, en Liérganes aún se cuenta la historia del Hombre-Pez, el joven que un día se sumergió en el río y encontró en sus profundidades un destino distinto al de los hombres de la tierra.



LA CASA DE LOS ESPEJOS

La historia de la Casa de los Espejos es tan siniestra como enigmática, y aún hoy, en los callejones de Cádiz, se murmura su leyenda con voz baja, como si temieran despertar las sombras que aún habitan entre sus muros.

Hace muchos años, en esta ciudad vivía un comerciante adinerado, un hombre que había logrado amasar una fortuna viajando constantemente entre tierras lejanas. Sus rutas lo llevaban por el Mediterráneo, por las costas del norte de África y, sobre todo, hacia el Nuevo Mundo, donde intercambiaba especias, telas y objetos exóticos con los mercaderes de ultramar. Con el tiempo, construyó una casa grande y lujosa, un hogar lleno de habitaciones espaciosas y adornos venidos de todas partes del mundo.

Pero su mayor tesoro no era el oro ni las mercancías. Era su hija.

El comerciante y su esposa tuvieron una niña a la que él amó más que a su propia vida. Era una pequeña alegre, llena de inocencia, bondad y dulzura. El padre la adoraba con devoción absoluta y, en cada uno de sus viajes, le traía un regalo especial: un espejo.

La pequeña se obsesionó con ellos. Pasaba los días jugando frente a aquellos objetos, riéndose de su reflejo, inventando juegos, imaginando mundos dentro del cristal. Pronto, la casa entera se llenó de espejos de todas las formas y tamaños. Cada uno llegaba

de un rincón distinto del mundo y cada uno era un símbolo del amor que su padre.

El comerciante presumía de su pequeña siempre que podía. Hablar con él significaba escuchar orgulloso el amor que sentía por su pequeña hija. Socios, familiares, amigos y conocidos sabían que su hija era lo que más quería en este mundo.

Fue precisamente ese amor lo que marcó el inicio de la tragedia.

Con los años, la madre de la niña comenzó a sentirse desplazada. Los celos se clavaron en su corazón como un ponzoñoso veneno. Durante mucho tiempo había sido el centro de atención de su esposo, la destinataria de sus regalos y de sus palabras tiernas. Ahora, todo aquello parecía haber cambiado. Aunque el comerciante la amaba sinceramente, el gran afecto que sentía por su hija desató en la mujer una envidia oscura y creciente.

Al principio trató de sofocar esos sentimientos. Aún amaba a su hija, y durante los primeros años disfrutó cuidándola. Pero la idea de ser relegada, de compartir lo que antes era solo suyo, empezó a corroerla. La alegría de la niña, sus travesuras, los regalos del padre. Todo lo interpretaba como un recordatorio de que ya no era la única que ocupaba el corazón de su esposo.

Finalmente, los celos vencieron al amor.

Una noche, aprovechando que el comerciante había partido en otro de sus viajes, la mujer ejecutó su venganza. Preparó la cena como de costumbre, sirvió el plato favorito de su hija y, en un instante de debilidad sombría, vertió en él un siniestro veneno que había conseguido de fuentes poco fiables.

Dudó un momento. Su mano tembló al sostener el tarro del siniestro veneno ante el plato, pero la envidia que la dominaba fue más fuerte que cualquier duda.

La niña cenó agradecida, sonrió como cada noche, y después fue llevada a la cama, donde su madre la arropó por última vez. Intercambiaron una última mirada, y una sincera lágrima de pesar cayó de sus ojos y resbaló por sus mejillas al contemplar a la dulce niña.

A la mañana siguiente, el rostro pecoso y alegre de la pequeña estaba frío, pálido, inmóvil. Parecía dormir en un plácido sueño del que jamás despertaría. La madre la contempló ya sin lágrimas, sin gesto alguno. Solo vacío.

Cuando el comerciante regresó días después, cargado de regalos y espejos para su hija, recibió la noticia devastadora. Su niña había muerto por una repentina enfermedad.

El dolor lo destruyó. Desde entonces, cada vez que volvía a la casa, era un espectro silencioso. Apenas hablaba, apenas comía, y evitaba mirar los espejos que antes llenaban de juegos y risas los pasillos.

Pero una madrugada, algo cambió.

El hombre despertó de repente, como llamado por una fuerza invisible. Recorrió la oscura y siniestra casa, guiado por un impulso inexplicable, hasta llegar al cuarto de su hija, que permanecía intacto desde el día de su muerte. Allí, rodeado de decenas de espejos, se dejó vencer por la tristeza.

Y entonces lo vio.

En uno de los espejos, reflejada junto a su imagen, estaba ella. Su hija. La reconoció al instante, como si el cristal le devolviera la vida. Giró de inmediato, pero no había nadie a su lado. Al volver la vista al espejo, ahí estaba de nuevo. Su rostro, su mirada. El miedo le invadió, pero una extraña sensación de felicidad también surgió de su interior, pues, aunque estuviera muerta y quizás estuviera viendo un eco de su realidad su hija seguía ahí.

El comerciante lloró. Se acercó al espejo y habló con ella, confesándole lo mucho que la extrañaba, lo mucho que la amaba. La figura reflejada señaló con su mano una dirección, como si quisiera guiarlo. El hombre obedeció, caminando por la casa mientras el reflejo de la niña se le aparecía en cada espejo que encontraba. Cada paso lo llevaba más cerca de la verdad.

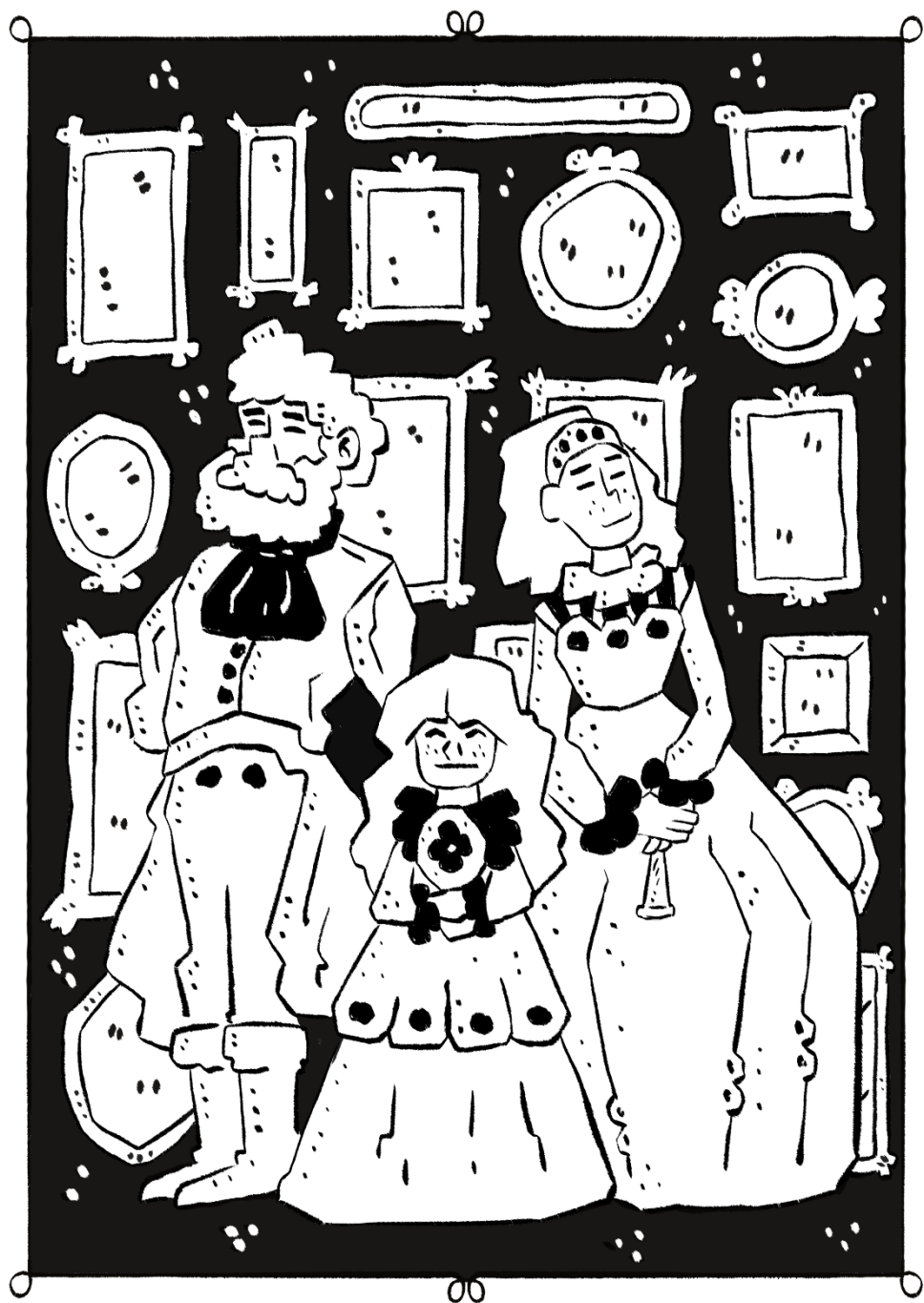
Finalmente, la figura lo condujo hasta la habitación de su esposa, que dormía plácidamente. El reflejo de la niña la señaló a ella, y en ese instante, el comerciante comprendió lo que siempre había sospechado en lo más profundo de su ser. Su esposa había sido la causante de la muerte de su hija.

Despertó a la mujer entre gritos, exigiendo una confesión. Ella lo negó una y otra vez, desesperada, hasta que, acorralada, huyó hacia el cuarto de la niña y se encerró allí. El hombre golpeaba la puerta, clamando justicia, mientras ella, entre lágrimas, veía cómo en todos los espejos de la casa aparecía la imagen de su hija llorando. El peso del remordimiento fue insoportable.

En un arrebato, abrió la puerta, confesó entre sollozos lo que había hecho y cayó de rodillas. El comerciante, roto, se desplomó

también, incapaz de soportar aquella verdad. La mujer, mirando por última vez a los espejos, contempló a su hija reflejada en todos ellos. No lo soportó más. Corrió hacia la ventana y, entre llantos, se arrojó al vacío.

Después de aquella noche, el comerciante abandonó la casa y jamás volvió a ella. Nadie supo con certeza qué fue de él. Algunos dicen que abandonó la ciudad de Cádiz, incapaz de soportar el dolor. Lo único que quedó fue aquella casa, que desde entonces fue conocida como **La Casa de los Espejos**, lugar maldito donde, se cuenta, aún puede verse el reflejo de una niña inocente en los espejos que quedaron tras la tragedia.



EL ENJAULADO DEL RINCÓN MALILLO

Solemos esperar de las historias que estén protagonizadas por héroes valientes, inteligentes y audaces. Esta, sin embargo, no trata de un hombre así. Su protagonista es un caballero arrogante y pretencioso de Jerez, que en otros tiempos se jactaba de ser el mejor espadachín del reino. Tal era su vanidad que ese orgullo acabaría por sellar su nefasto destino.

Se trataba de un soldado veterano de varias guerras, rico y acomodado, cuya armadura jamás había recibido un solo arañazo. Nadie supo nunca si era por su pericia o por su cobardía en el campo de batalla, pero lo cierto es que presumía sin descanso de sus supuestas hazañas.

Una noche cualquiera, el caballero se encontraba en su taberna favorita, lugar que visitaba a diario. Jugaba a las cartas, bebía cerveza y, de vez en cuando, provocaba peleas con algún comensal. Esa era su vida y le encantaba como a ninguno.

Aquella velada se encontraba jugando y compartiendo apuestas con hombres de no muy buena reputación. Pasaron horas entre risas, gritos y brindis. Él hablaba con seguridad de que la suerte lo acompañaba, y en efecto, la fortuna estuvo de su lado, aunque no del todo, pues aquella racha se debía a sus trampas, que con astucia había estado ejecutando toda la noche. Ganó más dinero del acostumbrado, tanto que dejó sin blanca a los demás jugadores. Los ánimos se encendieron, hubo voces, insultos, amenazas. Pero el caballero calmó la situación invitándolos a

cerveza, y viendo todos la espada y la armadura que llevaba, aceptaron la tregua pues no eran tan ingenuos.

Embriagado por el alcohol y la victoria, el caballero salió tambaleante de la taberna. Su armadura hacía eco en las calles oscuras, el tintineo metálico se mezclaba con el silencio de la madrugada. Fue entonces cuando una figura encapuchada, armada con un puñal, le cortó el paso. El desconocido lo acusó de tramposo y le exigió pagar sus deudas.

El caballero, riendo con desprecio, desenvainó su espada. El asaltante sacó su propia arma acompañando al puñal que blandía y, confiado en su ventaja, se abalanzó sobre él. Pero lo que ignoraba era que aquel arrogante fanfarrón sabía defenderse. Entre riñas de taberna y años de experiencia, había adquirido cierta destreza, y aún más peligrosa resultaba cuando estaba ebrio, pues todos solían subestimarlo. Con un rápido movimiento de muñeca, el caballero asestó varios cortes certeros. El asaltante cayó en un charco de su propia sangre, sin siquiera entender cómo lo había vencido.

El caballero, satisfecho, sintió que la euforia lo embriagaba más que la cerveza. Se sintió invencible. Con voz alta, gritó a las calles vacías:

—¡Quien ose enfrentarse a mí tendrá el mismo destino! ¡Hasta el mismísimo diablo sería derrotado si se atreviera a aparecer!

Movió su espada en círculos en el aire, burlándose de la noche silenciosa. Guardó el arma y se dispuso a regresar a su hogar.

Pero de camino a su morada, bajo un arco de piedra, una figura sombría apareció frente a él. No distinguía bien su silueta, pero irradiaba una presencia siniestra. El caballero lo tomó como un nuevo desafío y volvió a desenvainar su espada, con la soberbia que siempre lo acompañaba.

Entonces lo vio. Dos ojos brillantes emergieron de la penumbra. En ese instante, el caballero sintió un miedo que nunca antes había sentido. Su mano temblaba mientras desenvainaba su espada y apuntaba a esa figura en la penumbra. Cuando se disponía a superar el terror y enfrentarse a la figura encapuchada, un punzante dolor le atravesó el brazo y dejó caer la espada. Miró alrededor buscando arqueros o signos de una emboscada, pero no había nadie. El silencio era absoluto, las calles estaban vacías. La herida sangraba y el pánico lo devoraba.

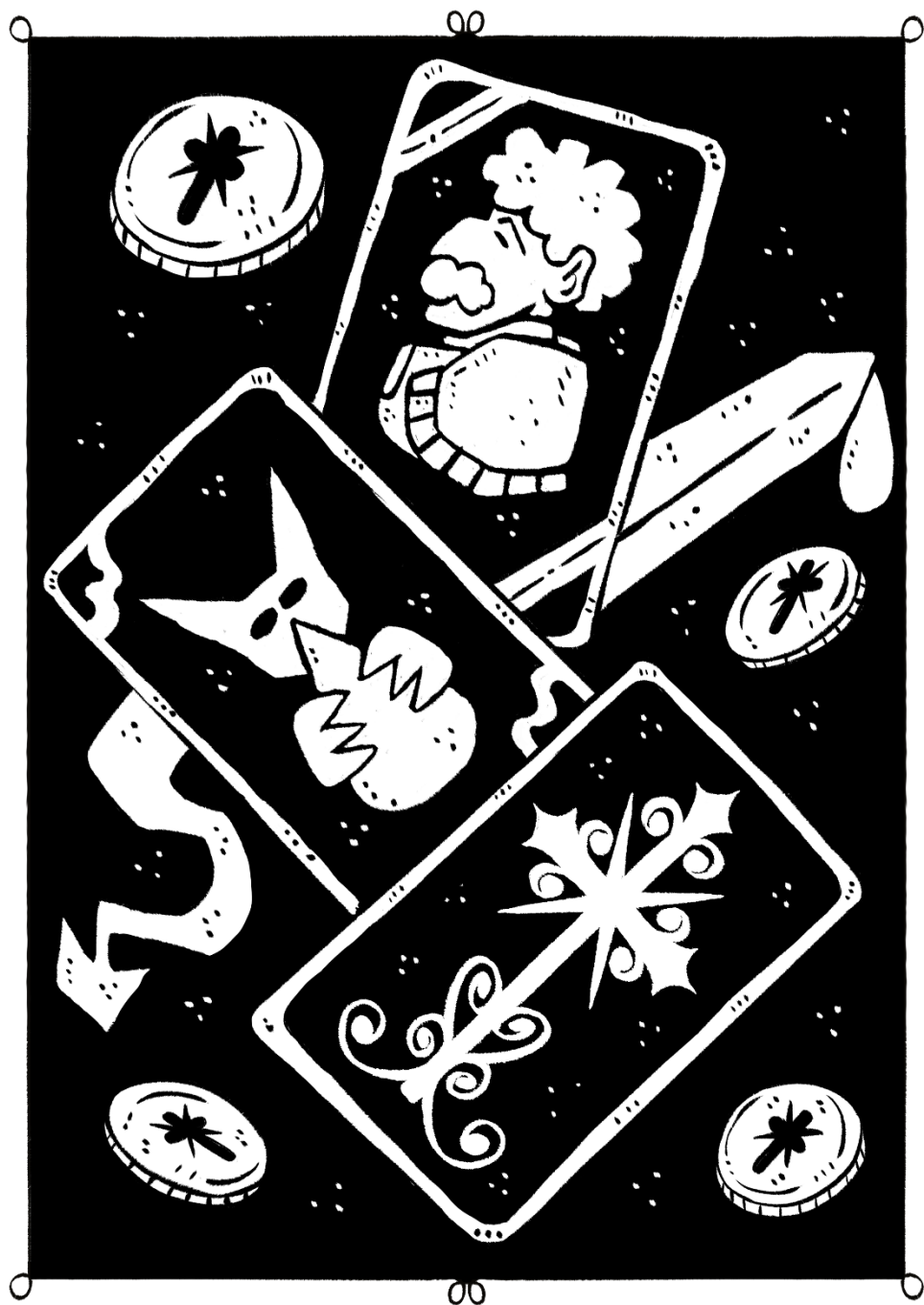
Levantó la vista, y de nuevo encontró aquellos ojos que brillaban en la oscuridad. Y junto a ellos, la silueta de unos cuernos que se alzaban sobre la cabeza de aquella sombra. Comprendió entonces lo que había invocado con su arrogancia. No era criatura mortal lo que tenía delante.

El caballero huyó despavorido, corriendo como jamás había corrido. Atravesó las calles, llegó a su casa temblando, echó los cerrojos, atrancó ventanas y colocó muebles contra las puertas. Aquella noche no durmió, ni la siguiente, ni muchas más.

Mandó erigir cruces de hierro por todo el barrio, convencido de que así alejaría la maldición. Su calle entera se llenó de ellas, pero ni aun así recuperó la calma. La herida jamás sanó ni cicatrizó, cada día sangraba como si acabara de recibirla. Y en cada intento

de dormir, esos ojos brillantes regresaban a su memoria, impidiéndole el descanso.

Con el tiempo, el caballero nunca volvió a salir de su casa. Años pasaron, y todos en Jerez comenzaron a llamarlo **El Enjaulado del Rincón Malillo**, pues encerrado en su propia mansión, consumido por el miedo y la culpa, había sellado con sus propias palabras el destino que lo condenó. Aunque poco le importaba ya, pues los temores que le arrinconaban en su morada venían de otro mundo.



EL CALLEJÓN DEL DUENDE

Esta leyenda ocurrió durante la guerra de independencia española. En aquellos días oscuros, mientras los ejércitos franceses sitiaban la ciudad de Cádiz con la intención de rendirla por hambre y fuego, entre sus callejones húmedos y estrechos floreció algo inesperado. Una historia de amor. Una historia de amor trágico. Una historia de amor verdadero.

Un joven capitán francés, de carácter valiente, aguerrido e inteligente, había recibido la misión de infiltrarse en la ciudad para recabar información que permitiese a los suyos hallar una estrategia y abrir las puertas de Cádiz al invasor. El joven contaba con muchos recursos, era osado y astuto, y logró con enorme dificultad introducirse en la ciudad y permanecer en ella sin levantar sospechas. Todo marchaba según lo planeado... salvo por una circunstancia que jamás pudo haber previsto.

Durante los meses en que permaneció oculto, trabó relación con una joven gaditana que había conocido tiempo atrás, en una breve coincidencia que el azar había tejido años antes. En aquel entonces, una chispa había brotado entre ellos, pero la distancia y la guerra habían separado sus vidas. Ahora, por capricho del destino o por cruel juego de las circunstancias, ambos se reencontraban. Y el amor, que nunca se había apagado del todo, surgió con fuerza de entre las sombras.

La joven gaditana era humilde, pero también ingeniosa y valiente. El capitán, obligado a permanecer escondido y moverse

con sigilo, halló en ella compañía y consuelo. Sus encuentros debían darse a escondidas, en un callejón oscuro y siniestro, apartado de las miradas indiscretas de guardias y vecinos. Allí, bajo el amparo de la noche más cerrada, se confesaban el amor, se entregaban palabras y promesas, y compartían todo el tiempo que podían.

Con el paso de los meses, la situación se volvió insostenible. Tarde o temprano, el capitán sería descubierto. Debían tomar una decisión. La joven insistía en que huyeran juntos. Lo habían estado comentando sin cesar desde el primer día que su amor surgió. Pero la ciudad estaba demasiado vigilada y no habían encontrado una forma segura de salir. Podría huir por pasadizos, por barco, por varias cuevas subterráneas secretas, pero el temor a ser capturados era demasiado grande para ambos. Soñaba con abandonar la ciudad y la guerra, vivir juntos una vida sencilla y feliz, aunque fuese corta. El capitán también lo deseaba, pero se debatía entre su deber y su amor. Sabía que la deserción lo condenaría, que los suyos le perseguirían hasta los confines de la tierra, y temía arrastrar a su amada a una vida de fugitivos. Ella, sin embargo, le repetía que incluso una vida breve pero compartida sería mejor que una larga vida separados.

Se juraron amor de nuevo, y el capitán le prometió que lo pensaría. Al día siguiente, en su siguiente encuentro, le daría una respuesta.

Aquella noche, mientras la joven miraba por la ventana la ciudad en calma, sentía el peso de la decisión. Amaba su ciudad, amaba su vida, pero también amaba a aquel hombre. En medio de sus pensamientos, un chirrido extraño resonó en su habitación.

Sobresaltada, buscó con la mirada la fuente del sonido, temiendo que alguien hubiese entrado. Pero no había intruso alguno, hasta que se fijó en el alféizar de la ventana. Allí, sentado con desparpajo, se hallaba una pequeña criatura, extraña y fantástica, con un gorro remendado y sonrisa burlona. La criatura se presentó educadamente, con tono juguetón, deseándole buenas noches como si su presencia fuera de lo más normal. Acto seguido le hizo una proposición. La joven gaditana comprendió de inmediato que no se trataba de un ser común. Aquella criatura despedía un aire mágico, imposible de comprender. Su mera presencia lo impregnaba todo.

El extraño ser le ofreció un trato que a sus ojos era bien justo. Había estado observándola, conocía su situación y podría darle la solución a todos sus problemas. La joven, instintiva y desconfiada, lo rechazó con firmeza. No sabía exactamente qué era aquella criatura, pero intuía que cualquier acuerdo con ella solo traería desgracia. El ser, sin perder la sonrisa, aceptó su negativa con fingida cortesía. Antes de desvanecerse en el aire insinuó, con sorna, que quizás otro en su misma situación sí aceptaría el ofrecimiento.

El presentimiento heló el corazón de la gaditana. De inmediato pensó en su amado capitán. Sin perder tiempo, salió a buscarlo.

Mientras tanto, el capitán regresaba con sigilo a su escondite, recorriendo las calles sombrías de Cádiz. Fue allí donde la misma criatura se cruzó en su camino.

El francés se sobresaltó, jamás había visto algo semejante. El ser se presentó de nuevo con maneras educadas y, como con la joven, le planteó el trato.

El capitán vacilaba, atrapado entre la desconfianza y el deseo desesperado de hallar una salida.

La pequeña criatura comenzó a hurgar en su mente. Le mostró los peores escenarios. La caída de Cádiz, la captura inevitable, la separación de su amada, la posibilidad de que ella fuese obligada a casarse con otro, o de que él fuese destinado lejos, para no volverla a ver jamás. El miedo y el amor se mezclaron, y poco a poco la mente del capitán se quebró. Manipulado por aquella criatura, terminó aceptando el trato.

La siniestra criatura entonces le indicó que debía acudir al callejón donde solía encontrarse con la joven. Allí, al amanecer, un contrabandista llamado “El Duende” les conduciría por un camino oculto y secreto. Ese camino les alejaría de la ciudad y les permitiría vivir felices, libres del miedo.

El capitán aún quiso hacer más preguntas, pero la criatura desapareció, dejándolo con la palabra en la boca. Lleno de inseguridad y miedo, corrió hacia el callejón. Era arriesgado, pues el amanecer traía más guardias y más ojos atentos, pero sentía que aquella era su única oportunidad. No sabría explicar por qué, pero sentía que era el único momento en el que tendrían una oportunidad de huir. Esa criatura le había convencido inevitablemente de ello.

En el callejón lo esperaba la joven. Ambos estaban alterados, nerviosos. Él, aliviado de verla, le contó todo lo sucedido. Ella,

horrorizada, le advirtió que había visto al mismo ser, que lo había rechazado porque no era de fiar, y que había corrido hasta allí temiendo lo peor. El capitán, en ese momento, comprendió que había sido engañado.

La joven le urgió a huir, pero ya era tarde.

De la entrada del callejón surgió un hombre con aspecto de contrabandista, acompañado por una muchedumbre. Sus ojos brillaban con la misma luz burlona de la criatura. Con sonrisa de dientes afilados, señaló al capitán como espía y a la joven como traidora. La multitud, enfurecida, se abalanzó sobre ellos. Mientras la gente se lanzó para atapar a los jóvenes amantes, el duende desapareció entre la muchedumbre esbozando una siniestra sonrisa. Pensó que sus siniestras maquinaciones habían resultado ser mucho mas efectivas pese no haber podido manipular a la joven gaditana. El capitán había sido una víctima mucho mas maleable y al final los acontecimientos habían ido tal y como él había esperado.

Cuentan que los amantes fueron condenados a muerte aquella noche. Mientras tanto, el duende, desde la penumbra de un alféizar iluminado por una vela, contemplaba satisfecho cómo la tragedia se cumplía.

Años después de los acontecimientos de esta historia, el callejón donde el capitán francés y la joven gaditana se encontraban fue renombrado como **el Callejón del Duende**. Y los vecinos, aún hoy, afirman que, en algunas noches, bajo la luz temblorosa de una vela, puede verse la sombra de dos amantes abrazados, que siguen queriéndose en silencio: enamorados, tristes y eternos.



EL ENTE DE CHIPIONA

Nuestra historia comienza con un niño. Un jovencísimo e inocente niño que pasabas sus tardes jugando en un pequeño bosque cercano a la ciudad de Chipiona, junto a lo que hoy conocemos como la Playa del Camarón, en Cádiz. Corría entre los árboles, recogía ramas, inventaba aventuras en su imaginación. Era un día sereno de primavera y el clima parecía invitar a perderse en juegos y fantasías entre troncos y hojas.

Cerca de su hogar se encontraba un pequeño y humilde bosquecillo que solía frecuentar. No era muy transitado y gozaba de ser un destino poco interesante para casi todo el mundo. A él y su humilde familia le encantaba pasear por allí precisamente por la tranquilidad que transmitía. Nuestro joven muchacho correteó sin cesar por el bosquecillo aquel día, jugando y perdiéndose entre las ramas de los árboles. Nunca se había adentrado tanto en el bosque pro ese día ardía en deseos de perderse y explorar. En medio de sus correrías se topó con algo que le cambiaría la vida para siempre. Una extraña criatura. Era un extraño ente con forma humanoide, pero en lugar de piel tenía corteza, en lugar de brazos tenía ramas, en lugar de pelo tenía una gran cantidad de hojas. Silenciosa, huidiza, apenas notó la presencia del niño se petrificó, camuflándose con tal perfección que parecía haber estado siempre allí, confundida entre cortezas y sombras. El niño, desconcertado, se quedó inmóvil. Empezó a buscarlo pues creía haberlo soñado pero estaba seguro que en el

fondo sabía lo que había visto. Poco a poco el cansancio lo venció y, rendido, se durmió bajo la sombra de un árbol.

El ente lo observó. No se movía, no hacía ruido, solo estudiaba al pequeño que había llegado sin miedo, sin intención de dañarlo. Pasado un rato, y como si le hubiera tomado afecto, dejó a su alrededor algunas frutas. Un humilde y sencillo regalo. Cuando el niño despertó, el ente ya había huido, perdiéndose en el bosque y volviendo a fundirse con ramas y hojas.

Los años pasaron, pero aquel niño jamás olvidó lo ocurrido. Una y otra vez regresaba al bosque, buscaba a la criatura y, sin hallarla, acababa dormido en un árbol cualquiera. Al despertar, siempre lo esperaba algún presente. Frutas frescas, hojas brillantes, pequeños obsequios que el ente dejaba en silencio. Si intentaba acercarse, sorprenderlo o hablarle, la criatura huía veloz, escondiéndose tras su disfraz de madera y corteza.

Con el tiempo, esas visitas se convirtieron en costumbre. Vio el bosque en todas sus estaciones. El sombrío otoño, el helado invierno, la optimista primavera y el tranquilo verano. Y comprendió que el ente cambiaba con ellas. Sus hojas mudaban de color, su cuerpo parecía ensancharse, como si envejeciera junto a él. Y, pese a todo, la historia se repetía. Repitieron este juego por años sin cesar.

Llegado el día, ya adulto, volvió con sus hijos para compartir aquel secreto. Los llevó al claro donde todo comenzó. Allí, bajo la misma sombra, se quedaron dormidos, y al despertar hallaron también sus regalos. El ente seguía sin mostrarse del todo, fiel a su constante naturaleza escurridiza y esquiva. Demasiado

temeroso para entregarse por completo. El niño, ahora convertido en un adulto llegó a pensar que ese ritual era, en realidad, la forma de hablar del ente, su manera tímida de hacerse presente.

Con los años, la vejez pesó en su cuerpo y acortó sus pasos. Entonces decidió hacer una última visita. Volvió al claro de su infancia, se sentó bajo el viejo árbol y esperó. Como tantas veces antes, cerró los ojos y se quedó dormido.

Al despertar, allí estaban las frutas y las hojas, los mismos presentes de siempre. Y esta vez lo vio claramente. El ente lo miraba a distancia, listo para huir de nuevo. Pero el anciano ya no podía correr. Con voz débil se despidió, le confesó lo mucho que había significado ese misterio en su vida, la ternura de cada visita, el deseo de volver a encontrarse en otra vida.

El ente, por primera vez, no huyó. Se acercó despacio. Se miraron como viejos amigos que no necesitan palabras. El anciano, agotado, se apoyó en él y se quedó dormido. Y el ente tampoco se movió. Permaneció allí, camuflado como siempre, un árbol más del bosque, pero esta vez velando por él durante un largo, largo tiempo.



LOS DUENDES DE ARCOS

Una joven campesina, de carácter alegre y corazón curioso, decidió una tarde adentrarse en el bosque cercano a su hogar para pasear y respirar el aire fresco. Aquel sendero era familiar para ella, pues desde niña había recorrido sus senderos, escuchando los pájaros y el murmullo de las hojas. Sin embargo, aquella vez, algo distinto captó su atención. Entre los troncos retorcidos y las ramas altas resonaron unas risas lejanas, seguidas de extraños ruidos que parecían ir y venir con el viento.

La joven se detuvo, agudizó el oído y, llena de intriga, se internó un poco más entre los arbustos, buscando descifrar aquel misterio. No encontró a nadie. Ni niños jugando ni viajeros que hubieran tomado aquel camino. Todo volvió a quedarse en silencio, salvo por el bucólico sonido del bosque. Sin respuesta, decidió continuar su paseo, aunque en su mente seguía revoloteando la incógnita de qué habrían sido aquellas risas ocultas.

La vida en Arcos, su ciudad, era tranquila. Allí vivía con su familia y disfrutaba de la compañía de amigos y vecinos. El día transcurría con la serenidad propia de un lugar apacible, donde cada persona conocía a la otra y la rutina rara vez se veía alterada. Sin embargo, con el paso de los días comenzaron a ocurrir sucesos extraños.

Los habitantes del pueblo empezaron a quejarse de que las cosas cambiaban de lugar misteriosamente. Un hombre juraba haber

dejado sus zapatos en la ventana, solo para encontrarlos flotando en el abrevadero de los animales. Una mujer, desconcertada, contaba que la ropa que había dejado tendida amaneció colgada en el tejado de su casa. Y así, un sinfín de pequeñas travesuras fueron sacudiendo la calma de la ciudad. Lo curioso era que estas bromas no afectaban solo a unos pocos, parecía que todo el pueblo era víctima de aquel juego invisible.

Algunos vecinos aseguraban haber escuchado risitas ocultas entre los arbustos, pero nadie había visto jamás a los culpables. Los rumores crecieron. Se habló de niños traviesos, de bromistas sin oficio, incluso de espíritus juguetones. La confusión era general, y el misterio, cada vez mayor.

Una noche, la joven campesina se despertó de repente. Le pareció escuchar un murmullo lejano, un sonido distinto al de los grillos y las lechuzas. Era música. Una melodía suave al principio, casi imperceptible, pero que, conforme prestaba atención, se volvía más clara y estridente, como si viniera de algún lugar escondido en el bosque.

Intrigada, se levantó de su cama y salió sigilosamente de su casa. A medida que caminaba, los sonidos parecían moverse, alejándose y guiándola hacia lugares más profundos entre los árboles. La música se mezclaba con carcajadas y pequeñas vocecillas, como si un grupo de diminutas criaturas festejara en la distancia. Nunca lograba ver nada con claridad, salvo, en un instante fugaz, lo que parecía ser un pequeño capuchón rojo que desapareció entre la maleza.

Al día siguiente, al comentar lo sucedido, su familia restó importancia a sus palabras. Dijeron que probablemente serían niños revoltosos, o algún vecino empeñado en molestar. Sin embargo, la abuela, que escuchaba en silencio pidió a su nieta que se acercara para contarle algo que nunca había dicho antes.

La anciana narró que el interior del bosque no solo hay árboles y pájaros. Cuando ella era joven llegó a ver pequeñas criaturas. Traviesas, juguetonas, amantes de las bromas. Confesó estar segura de que esos pequeños seres eran los causantes de las fechorías que los habitantes de la ciudad estaban sufriendo.

La joven recordó entonces aquel sombrerito rojo que creyó distinguir entre los arbustos, y al decírselo, los ojos de la anciana brillaron con certeza. Le recomendó que, si volvía a encontrarse con ellas, les llevase un regalo. Algo que las distrajese de sus travesuras, pues eran criaturas ociosas que se divertían a costa de los humanos.

Animada por aquella revelación, la joven campesina pasó el día preparando un dulce, una pequeña ofrenda con la esperanza de ganarse la simpatía de los misteriosos duendecillos. Al caer la tarde, se internó en el bosque, siguiendo el sonido de las risas y de la música. Esta vez caminaba con más cautela, tratando de no hacer ruido, escondiéndose entre las sombras, avanzando despacio para no delatarse.

De pronto, entre la espesura, divisó un capirote rojo asomando tímidamente. No lo dudó. Corrió con todas sus fuerzas, siguiendo aquel destello carmesí, mientras escuchaba cómo las

vocecillas se reían de ella, jugando a desaparecer y reaparecer a su alrededor como si para ellas mas que un juego fuera un ritual.

Tras una larga persecución, llegó hasta un claro escondido, donde un riachuelo cristalino se deslizaba suavemente y una cascada formaba un rincón encantado. Allí, por fin, los vio.

Eran pequeños seres de aspecto variopinto y curioso. Uno tenía una larga barba blanca que le cubría casi por completo el rostro. Otro vestía como un frailecillo regordete. Había uno con una nariz tan grande que casi le rozaba el pecho, y otro que saltaba y bailaba con un enorme capirote rojo que la joven ya había visto antes. Reían, jugueteaban y hacían pequeñas travesuras entre ellos, lanzándose piedrecillas y escondiendo flores en los bolsillos de los demás.

La joven, asombrada pero divertida, decidió acercarse. Los duendecillos no huyeron. Al contrario, comenzaron a jugar con ella, haciéndole pequeñas bromas, tirándole del vestido, revolviéndole el pelo, riendo con voces agudas y chispeantes. Tras un rato de juegos, la muchacha recordó el presente que había traído consigo. Sacó con cuidado el dulce que había preparado y lo dejó en una piedra frente a ellos.

La reacción fue inmediata. Los diminutos seres se agitaron con júbilo, dieron saltos y carcajadas, y devoraron aquel regalo con un entusiasmo desbordado. Mientras lo comían, danzaban, cantaban y sacaban diminutos instrumentos de los que tocaban melodías alegres. La joven compartió con ellos aquella velada, riendo, bailando y disfrutando de una compañía tan extraña como fascinante.

Desde esa noche, las travesuras cesaron en la ciudad. Nadie volvió a quejarse de objetos que cambiaban de lugar ni de risas ocultas en los arbustos. El pueblo recuperó la calma y con el tiempo olvidó lo ocurrido. Pero la joven campesina guardó en silencio su secreto. Solo ella sabía quiénes habían sido los causantes de aquellos misterios. Y, en lo profundo de su corazón, anhelaba volver a encontrarse con ellos en el futuro.

